MODOS DE SER CRISTIANO

POR

PEDRO LAIN ENTRALGO

Hace algunos meses, y bajo el título de *¿Un orteguismo católico? Diálogo amistoso con tres epígonos de Ortega, españoles, intelectuales y católicos* (Salamanca, San Esteban, 1958), publicó el P. Santiago Ramírez, O. P., un volumen de 259 páginas, de las cuales 219 están consagradas a rebatir las 16 ("Los católicos y Ortega", CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, núm. 101, mayo de 1958) con que yo había comentado su anterior libro *La Filosofía de Ortega y Gasset*. Si un autor desea cuando escribe que sus palabras sean leídas y sopesadas, el P. Ramírez ha colmado las medidas de mi deseo. ¿Podré decir lo mismo en cuanto al resultado de esa lectura? Que responda por mí el crítico de *¿Un orteguismo católico?* en Radio Vaticana: "Es sencillamente [ese libro] el paso del estudioso al polemista. En estos casos las mayores víctimas son la ciencia y el lector. La polémica se nos anuncia en el título y se nos da a torrentes en el interior. Ha naufragado por completo la serenidad... Con una punta de infantilidad, [el autor] da por derrotado y refutado a Laín Entralgo."

Pero yo no quiero escudarme con textos ajenos —otros, y muy sabrosos, podría citar—, sino retraer las cosas a su verdadero punto de partida. Decía yo: "El empeño del P. Ramírez —juzgar la obra filosófica de Ortega desde un punto de vista católico— tiene que ser emprendido de nuevo, con objetividad y benevolencia menos discutibles." Y después de leídas las 259 páginas de *¿Un orteguismo católico?*, eso mismo digo ahora. ¿Puede aceptarse como buena la censura de quien resueltamente afirma, a manera de tesis, que según Ortega, "Dios no existe, como tampoco existe el alma"? (pág. 419 de *La filosofía de Ortega y Gasset*).

Sin embargo, no es mi propósito repetir uno a uno mis argumentos, y menos esforzarme por añadir otros nuevos. Aun teniendo en cuenta las precisiones que una discusión pormenorizada me obligara a introducir en aquéllos, creo firmemente que siguen conservando su validez. Sólo me permitiré apostillar, y esto por tratarse de un punto de ética intelectual, la objeción del P. Ramírez al método seguido por mí. Advierto yo lealmente en mi comentario que deseo limitarme a revisar "algunas" de las tesis previas a la rotunda condenación con que el libro termina (entre paréntesis: yo digo "previas a" y no

"previas de", como el P. Ramírez me hace decir). Y mi expeditivo contradictor se pregunta si eso es serio, responsable y honrado, porque mi deber consistía en examinar "todas" las proposiciones críticas del libro que yo entonces comentaba. Pues bien, mi buen P. Ramírez: ese proceder mío es "serio", es "responsable" y es "honrado", porque mi propósito se ceñía a mostrar que el empeño último del libro en cuestión —juzgar la obra filosófica de Ortega desde un punto de vista católico— "tiene que ser emprendido de nuevo, con objetividad y benevolencia menos discutibles". Me proponía yo, tan sólo, decir a mis posibles lectores, fuesen estos españoles o romanos: "En el libro del P. Ramírez no concuerdan siempre la argumentación y la conclusión. En sus páginas faltan, por otra parte, textos de Ortega importantes para una recta y cabal intelección de los aducidos. Como prueba, he aquí unos cuantos botones de muestra. Hemos de pensar, por tanto, que ese libro, por razones de orden estrictamente intelectual, no permite sustentar una tesis final tan grave y resolutiva como la suya." Quienes sepan y quieran leer con buena fe, ¿quieren decirme si mi proceder fue "serio", "responsable" y "honrado"?

Obré así porque ese expreso propósito mío no requería más, y porque para evacuar el menester a que el P. Ramírez se refiere me hallaba entonces —y me hallo ahora— "falto de espacio y de tiempo". Sí, mi buen P. Ramírez: así es. Tal es la situación y tal es el menester en que los intelectuales seglares, católicos o no, solemos hallarnos en España, cuando de nuestra obra, y sólo de ella, nos vemos obligados a vivir. Atentos por necesidad al doble y simultáneo deber de ir subsistiendo y componer alguna obrecilla personal, nos falta muchas veces el tiempo, y en las faenas polémicas hemos de limitarnos a lo imprescindible y suficiente; tanto más si tales faenas no son de nuestro gusto. Ese fue mi caso, y esta ha sido mi conducta. Tal vez el P. Ramírez no lo haya visto así desde la holgada calma del claustro. Pero intentando argumentar *ad hominem,* como esta vez lo hace, era obligación suya haberlo visto.

También *ad hominem* argumenta el P. Ramírez, y acaso por razones más tácticas que intelectuales, cuando se esfuerza por presentarme como un "epígono" de ese "orteguismo católico" que él tan gallardamente inventa. Con mi réplica a su libro yo no trataba de hacer "orteguismo católico"; sólo pretendía —lo proclamaré una vez más— mostrar la existencia de no leves incongruencias entre el material probatorio del P. Ramírez y la conclusión de ese material obtenida. Repetiré por mi cuenta lo que óptimamente ha escrito el crítico de Radio Vaticana: el polemista ha podido esta vez más que el estudioso. Frente a ese "orteguismo católico" diré, pues, lo que años

atrás dije frente al rótulo de "católico orteguista" que otros trataban de poner sobre mí: "Soy, por supuesto, católico; y luego, entre otras cosas, admirador de la obra de Ortega. Y quiero serlo, si se me admite tan osada expresión, no como *católico orteguista,* sino como *católico catolicista;* esto es, con el propósito de buscar en la obra de Ortega y por doquiera, para hacerlo mío, todo lo que en ella sea o me parezca ser verdadero y valioso." Sacar de ahí las cosas es inventar maniqueos cuando así conviene; operación, como se sabe, bastante más fácil que recomendable.

Todo lo cual indica que, contra lo tajantemente afirmado ahora por el P. Ramírez (*¿Un orteguismo católico?*, págs. 104 y 105), hay más de una manera de ser cristiano. La actitud de San Agustín y la de Belarmino frente a la condición y a las posibilidades de la naturaleza humana caída y, por tanto, frente a la historia del hombre, ¿no son acaso distintas entre sí? ¿Era el mundo para San Pedro de Alcántara lo que es para el P. Lombardi? ¿Son iguales entre sí, por ventura, la manera de ser cristiano de San Simeón Estilita y la manera de serlo el P. Atanasio Kircher y San Contardo Ferrini? El espíritu de la liturgia oriental, ¿coincide enteramente con el occidental? La teología de los Padres griegos, ¿es idéntica a la teología latina? Negar la Inmaculada Concepción en el siglo XIII, ¿era lo mismo que negarla en el siglo XX? En el "ser" del "ser cristiano" hay, por supuesto, algo cuya realidad permanece invariable; mas también hay algo —la ocasional expresión de lo invariable— que de alguna manera muda con los tiempos, las mentalidades y las personas. Para no remontarnos a San Simeón Estilita y a los Padres griegos, mostraré al P. Ramírez dos maneras de ser cristianos cercanísimas a él. A fines de 1957 —antes, pues, de que apareciera mi artículo *Los católicos y Ortega*—, el P. Teófilo Urdanoz, O. P., publicó en *La ciencia tomista* (núm. 264, págs. 549-612) un trabajo titulado "Para una filosofía y teología de la esperanza". En él cita los estudios de Gabriel Marcel, R. le Senne, O. F. Bollnow, W. Brednow, E. Bloch, Ch. Mœller, J. Pieper, P. Charles, S. J., Ch. Zimara, R. A. Gauthier, A. M. Carré, M. Müller y J. Daniélou acerca del tema de la esperanza, y a continuación escribe: "A todos ha superado con mucho, desde su punto de vista, sobre todo histórico y filosófico, en la obra monumental que ha consagrado últimamente al tema de la esperanza, Pedro Laín Entralgo, *La espera y la esperanza. Historia y teoría del esperar humano* (Madrid, *Revista de Occidente,* 1957), estudio completo a través de toda la historia de las corrientes filosóficas y literarias sobre el tema de la esperanza, a la vez que una poderosa y personal teorización sobre la antropología de la esperanza que aspira a ser *praeambulum theo-*

logiae spei. No deja el autor, sin embargo, de ocuparse ampliamente de la esperanza teológica en las fuentes, San Pablo, San Agustín, Santo Tomás, los teólogos actuales. Su exposición es objetiva y comprensiva y no ofrece serios reparos teológicos." Que luego el P. Urdanoz discrepe lealmente de algunos puntos de mi construcción, no le ha impedido escribir generosamente lo que antecede.

Pero he aquí que en uno de los más recientes números de *La ciencia tomista* (núm. 269, enero-marzo de 1959, págs. 167-168) —después, por tanto, de publicado mi artículo "Los católicos y Ortega", y el segundo libro del P. Ramírez— aparece de nuevo una reseña crítica de *La espera y la esperanza,* en la cual su autor, un cierto señor "N.", tras algunos elogios iniciales —a los que no sería muy arriesgado atribuir un designio de cobertura—, escribe, entre otras cosas, lo que sigue: "Tiene —el autor de *La espera y la esperanza*— la idiosincrasia de hablar de todo y de todos, con un tono de suficiencia y de superioridad que acaba por resultar antipático y pedantesco... En suma: una obra interesante por varios conceptos, pero en la que hay más literatura que ciencia y más palabras que ideas. Un revuelto de cosas bastante confuso e indigesto, junto con atisbos y perspectivas útiles e ingeniosas. Un ejemplo bastante fiel del confusionismo reinante" (1).

---

(1) ¿En qué se basa el Sr. "N." para escribir lo que escribe? Según el contenido de su crítica, en estas cinco razones: 1.ª Yo propongo una interpretación metafísica, y no sólo metafórica, del *gemitus creaturae* de que habla San Pablo. ¿Cree el Sr. "N." que esto es malo? ¿Cabe *hoy* una cosmología *cristiana* ajena a esa metafísica interpretación? 2.ª Yo afirmo que el pensamiento del P. Teilhard de Chardin es una visión cristiana del evolucionismo (¿acaso no es así?), a pesar de que las obras de este autor "han sido mandadas retirar de las bibliotecas eclesiásticas por orden de Roma". Mucho admiro yo, desde luego, la obra del P. Teilhard de Chardin. Pero lo que en mi libro digo es lo siguiente: "Cabe admitir que el universo entero se mueve natural y espontáneamente hacia ella [hacia la recapitulación de las criaturas en Cristo]: es la visión cristiana del evolucionismo (Lecomte du Noüy, Teilhard de Chardin). Mas también es posible pensar —sean o no íntegramente ciertas las tesis evolucionistas— que la recapitulación de las criaturas no humanas y la paulatina satisfacción de su metafísica "esperanza" acontecen a través del hombre" (página 39 de la primera edición). Y en otro lugar añado: "¿Cuál debe ser la actitud del católico ante esa consideración del "movimiento cristiano" como el desarrollo de un *phylum,* al término del cual Cristo, más o menos identificado con el "punto Omega", realizaría sobrenatural y evolutivamente la... recapitulación de todas las criaturas? No soy yo el llamado a contestarlo... El tiempo irá diciendo lo que de aquélla ha de perdurar" (pág. 345 de la primera edición). Y en una nota de la misma página, insisto: "Las fórmulas que a este respecto emplea el P. Teilhard de Chardin son bastante ambiguas." ¿Cómo lee el Sr. "N."? ¿Con miopía, con descuido o con mala fe? 3.ª Yo atribuyo a la esperanza algo que es de la previdencia, parte integral de la prudencia. ¿Dónde? Y en todo caso, ¿no cree el Sr. "N." que algo tienen que ver entre sí, metafísica y psicológicamente, aquello por lo que en la realidad natural del hombre hay previdencia y aquello por lo que en esa realidad hay esperanza? 4.ª Yo estimo más adecuado llamar "firme" a la esperanza teologal que llamarla "cierta". Ahora bien: yo no hago otra cosa, y así lo digo, que adherirme a lo que

Si yo propendiese a las interpretaciones astutas y malignas, supondría ahora que esa llamativa diferencia entre las dos críticas procede de ser una de ellas anterior y la otra posterior a mis objeciones al P. Ramírez. Pero yo no quiero ser astuto y maligno —procuro no quererlo, cuando menos—, y prefiero pensar que el P. Teófilo Urdanoz y el señor "N." tienen dos maneras distintas de ser cristianos: uno lo es sabiendo atribuir algún valor a aquello de que él discrepa, y el otro, viendo confusión en todo aquello que no coincide exactamente con lo que él piensa. Acaso no fuese del todo ilícito decir que el artículo del P. Urdanoz es obra de un tomista "vocacional", y la crítica del señor "N." secreción de un tomista "profesional".

Dejémonos, sin embargo, de cuestiones accesorias, y vengamos a lo que importa. Es decir, a mi actitud como católico ante la obra de Ortega; más precisamente, al artículo en que yo trataba de expresarla. No me proponía con ese artículo —ya lo he dicho— hacer "orteguismo católico". Si éste viene un día, miel sobre hojuelas. Con el caletre que Dios me dio y con mi vocación de "católico catolicista", yo me limito a ir componiendo como puedo mi modesta obra personal; y si alguien quiere juzgarme sin antojeras y rotularme sin arbitrariedades, a esa obra deberá acudir, y no a lo que digan el capricho o la conveniencia ocasional de este o el otro polemista. Pero además de ser "católico catolicista" y hombre de mi tiempo —o, al menos, de intentar serlo con alguna honradez— soy español y amigo del juego limpio. Me duele, por tanto, que un hombre como el P. Ramírez dé la impresión de emplearse con tal pertinacia y con tan forzados argumentos por conseguir la condenación oficial de un español de veras eminente y prestigioso, cuya obra filosófica y literaria —discutible, cómo no— es hoy leída y utilizada sin daño y con provecho por gran número de católicos de Europa y América. ¿Creen el P. Ramírez y quienes le aplauden que está el "orteguismo" entre los "ismos" que por acción o por reacción apartan hoy de la Iglesia a no pocos de nuestros jóvenes? Si es así, les diré que no tienen la menor

---

propone S. Harent en el *Dictionnaire de Théologie Catholique,* de Vacant. Por otra parte, gran número de teólogos católicos (P. Laymann, H. Tournely, R. Billuart, G. Antoine, J. Perrone, etc.) abonan ese prudente modo de pensar, sosteniendo que la esperanza teologal es "cierta", *ex parte Dei,* e "incierta" o "condicionada", *ex parte sperantis.* El propio P. Ramírez no vacila en afirmar *(La ciencia tomista,* tomo LVIII, 1938, pág. 377) que la certidumbre de la esperanza teologal es del afecto y puede faltar *per accidens.* 5.ª Yo atribuyo a Santo Tomás un texto que no figura en sus obras. Lo cual, respondo yo, no es cierto, porque quien se lo atribuye es W. Brednow en su artículo *Der Mensch und die Hoffnung,* artículo que yo reseño muy puntual y objetivamente en mi libro (pág. 324 de la primera edición). Permítame, pues, el Sr. "N." que, con mejor fundamento, aplique a su crítica lo que él de mi libro dice: "Un ejemplo bastante fiel del confusionismo reinante."

idea de lo que ante ellos está pasando, y pediré al cielo que no abran sus ojos demasiado tarde. Me apesadumbra, además, ver encenderse entre nosotros el celo condenatorio cuando el autor atacado no puede por sí mismo defenderse y cuando la condenación puede tener, *de iure* y *de facto,* consecuencias bien distintas de las puramente religiosas y espirituales. El alcance de una campaña "religiosa" contra Ortega en la España actual, ¿es acaso el mismo que el de una hipotética campaña italiana, también "religiosa", contra Benedetto Croce? (2). Me apena, en fin, contemplar cómo todo eso se hace aquí y ahora sin advertir, ya en un orden puramente espiritual, que tal condenación oficial —tan ansiada al parecer— sólo satisfaría de veras a quienes no leen ni quieren leer a Ortega, y sólo con dolor sería acatada por quienes efectivamente leen sus libros. Por todo esto, y no por afán de polémica o por espíritu de grupo, escribí yo hace meses el artículo a que tan latamente ha contestado el P. Ramírez.

Y por todo esto respondo ahora, siquiera sea de un modo tan breve y global, al nuevo alegato del polemista de San Esteban. Si dispusiese de espacio y tiempo suficientes, acaso me decidiera a examinar una a una todas sus páginas, para asentir o para discrepar, y pienso que no me faltarían pluma y argumentos en uno y otro caso. Pero ni ahora tengo ese tiempo, ni querré tenerlo en el futuro. El que Dios me vaya dando preferiré utilizarlo haciendo lo mío. Modesta y calladamente, seguiré pensando que el modo de ser cristiano San Justino fue y será siempre más fecundo que el modo de serlo Torquemada, y trataré de obrar en consecuencia.

---

(2) En el caso, bien improbable, de que tal campaña se produjese. Recuérdese la serena actitud del *Osservatore Romano* a la muerte del filósofo italiano.

Pedro Laín Entralgo.
Lista, 11.
MADRID